FAM 7 (1993) 77-83



# El anciano. La Familia y la Institución

A. Perez Fiz
C. Guervos Perez
M. C. Garcia de la Fuente
A. Garcia fraile

Con motivo de celebrarse en 1993 el «Año Europeo de las Personas Mayores y de Solidaridad entre Generaciones», la Asociación de Familiares y Amigos de Ancianos «Teresa de Calcuta», en colaboración con el Area de Residencia Asistida del Hospital Psiquiátrico, ha celebrado en Salamanca (26 y 27-III-93) las *primeras jornadas sobre ancianidad, familia, institucion.*

Sobre estos tres aspectos se han pronunciado sustanciosas conferencias y se han constituido mesas redondas en torno a las cuales han surgido diversas y oportunas intervenciones y se han propuesto las soluciones más humanas.

Tanto los ponentes como los participantes han defendido calurosamente la dignidad de la persona humana cuya dimensión abarca desde el momento de la concepción hasta el último instante de la vida. Con argumentos muy convincentes han sostenido que donde mejor se consigue dicha dignidad es en el seno familiar y que las Instituciones, sean estatales o privadas, deben contribuir a dicho fin.

## A) Ancianidad

Al referirse a los ancianos se ha insistido en la necesidad de que estén vinculados a la familia el mayor tiempo posible y que se debe colaborar con la familia para que ésta disponga de los medios necesarios. Aunque no se ha hecho referencia expresamente al artículo 50 de nuestra Constitución, todos los intervinientes apuntaban a las soluciones en él propuestas: «Los poderes públicos garantizarán, mediante pensiones adecuadas y periódicamente actualizadas, la suficiencia económica a los ciudadanos durante la *tercera edad.* Asimismo, y con independencia de las obligaciones familiares, promoverán, su bienestar mediante un sistema de servicios sociales que atenderán sus problemas específicos de salud, vivienda, cultura y ocio».



Universidad Pontificia de Salamanca

Se ha considerado que la vejez o ancianidad no es una etapa caduca de la vida, sino un proceso de la misma, tomando por fundamento el hecho de que el desarrollo y realización del hombre es algo continuo y, dado que la naturaleza humana nos es vitalmente común a todos, debemos cultivar las facultades con que ella nos ha constituido. Siendo pues la vejez una edad no menos sociológica que la de la infancia, la de la adolescencia y la de la juventud, todos muy amorosamente se han opuesto a que se la considere como una «edad de aparcamiento».

En estas Jornadas la expresión «tercera edad» no ha sido bien aceptada por considerarla un tanto despectiva y casi equivalente a «edad de tercera».

En algunas intervenciones tampoco ha sido bien acogida la palabra «viejo», por parecerles un vocablo un tanto lastimoso a la vez que despreciable. Y en efecto: «viejo» tiene su origen en el diminutivo latino «vetulum» que significa «viejecito, bastante viejo»; y tal concepto se aplicaba en principio a los seres inanimados, como cuando al referirnos a un mueble deteriorado decimos que es un trasto viejo.

Para otros también es poco aceptable la palabra «anciano», la cual se ha formado sobre el adverbio «ante», como «soberano» sobre el adverbio «super». Y así «anciano» equivale a «el de antes, el que ya pasó». Y en este sentido tienen razón, porque toda persona, mientras vive, tiene un presente, o sea: no está pasada.

«El mayor» ha sido el término más usado durante estas Jornadas y, al pronunciarlo, depositaban en él toda la veneración que entraña: «el que tiene dignidad». Los romanos con la palabra «maiores» recordaban principalmente a los antepasados, a los ascendientes. Y usaban la palabra «senes» para referirse a los entrados en años y cargados de experiencias. Y de entre estos «senes» principalmente se elegían los miembros del Parlamento que, en su honor, se llamaba «Senado», al cual podían acceder los mayores que tenían experiencias acumuladas. Recordemos que la palabra «señor» deriva de «senior», comparativo de «senex». Y «senex» es el antónimo de «joven», como «viejo» lo es respecto a «nuevo». Sobre «senex» se han formado y están cobrando vigor las palabras «senescente», «senescencia».

Conscientes todos, como antiguamente los romanos, de que «un buen nombre es un buen presagio», los participantes en estas Jornadas han querido demostrar que el hombre necesita del hombre y que la convivencia intergeneracional es necesaria para que los jóvenes se enriquezcan con las experiencias de los mayores. Ya Cicerón, en su tratado sobre la senectud, decía que la temeridad juvenil hace muy buen juego social cuando es contrapesada por la prudencia del mayor. Lo cual demuestra que no sólo es necesaria la solidaridad intergeneracional, sino también la solidaridad histórica en todo lo que es humanamente constructivo.

Para que no se produzca ruptura con los mayores se ha concluido que la jubilación no es invalidez; y que los mayores deben seguir paticipando; y que debemos hacer las cosas «con ellos» pero no «para ellos», porque el mayor no necesita compasión, sino lo que necesitamos todos: convivencia y amor. Y que tenemos que enaltecer en ellos el sentimiento de utilidad y de autoestima, procurando valorar la trasmisión de sus experiencias. Por ello se ha sugerido la posibilidad de crear el Aula de la Senescencia para que sirva de traspaso de experiencias de generación en generación; y porque



Universidad Pontificia de Salamanca

el vivir solamente tiene sentido si los años están llenos de contenido, pues vivir por vivir no es vida humana.

Estas Jornadas han estado dirigidas a los mayores, los jubilados, los familiares y profesionales dedicados a esta actividad así como a los alumnos en formación afines con el tema. Y los conferenciantes, además de ser personas estudiosas del tema, la mayoría lo conocían a fondo por vivirlo directamente.

Los asistentes han sentido la llamada unísona a la solidaridad intergeneracional y el deseo de trabajar juntos para poder disfrutar de esta relación. Y como la edad adulta se ha ampliado, siempre se tiene capacidad de aprender, por lo que, habrá que ponerse metas para mayores y jóvenes, y evaluarlas juntos. Es necesario sentirnos útiles y formar lazos emocionales, ser generosos en ambas direcciones a fin de que el enriquecimiento sea mutuo, conscientes de que cuando jóvenes y mayores han trabajado unidos los que salen más favorecidos son los primeros. Por tanto, se trata de hacer: no cosas «para» las personas mayores, sino «con» las personas mayores.

### B) Familia

Lo que no se fomenta en la familia no resplandece en la sociedad. La familia es anterior a cualquier sistema político, económico, filosófico... El ambiente cutural, moral religioso, socialmente participativo... de bastantes familias está en declive. Muchos de sus miembros opinan que vivir en familia es vivir en esclavitud. No hay duda de que «familia» deriva de «famulus» y fámulo significa siervo, esclavo. Pero en la vida familiar el que esclaviza no es el látigo, sino el afecto. En la familia se comparten servicios que revierten en la realización personal de cada uno. En cambio el látigo no permitió que los esclavos se realizaran.

Respecto a Europa, España es todavía el país con más ambiente familiar. Quienes cooperan al enfriamiento del hogar familiar es imposible que aporten calorías humanas para la convivencia intergeneracional y social. Sin embargo, he aquí la frase pronunciada por cierto líder político en los albores de nuestra democracia: «La liberación pasa por la aniquilación de una de las instituciones más nefastas de la sociedad: la familia y el matrimonio». Refleja la insidiosa idiología de algún resentimiento. Pero no es consentible que los desengaños personales obtengan categoría de principios universales. Nefasto es todo lo que se opone a la voluntad divina, a la ley natural y al sentimiento humano. Y la familia y el matrimonio, como institución, se atienen íntegramente a los tres conceptos expresados. Por eso los romanos se casaban en los días «fastos», y no en los «nefastos».

Dice León XIII en la *Rerum Novarum:* «La familia o sociedad doméstica es la más antigua de todas las sociedades cuyos derechos y deberes propios son independientes del poder civil» ... «La familia se rige por una potestad propia, la paterna» ... «Los derechos y deberes de la familia son anteriores y más naturales que los derechos y deberes del Estado» ... «La patria potestad no puede ser ni extinguida ni absorbida por el poder público» ... «Los hijos son algo del padre y como una cierta ampliación de su persona» ..., etc.



Universidad Pontificia de Salamanca

En la *Pacem in terris* nos dice Juan XXIII: «A los padres corresponde antes que a nadie el derecho de mantener y educar a sus hijos».

Y, en definitiva, estamos totalmente de acuerdo con que «la madre nutricia de la educación es la familia» *(Gaudium et Spes)*.

La familia se inicia con la pareja, cuya felicidad se basa en el afecto, en la intención de fecundidad, en los servicios mutuos y desinteresados, en la conciencia clara de que cada cónyuge desmpeña funciones específicas e intransferibles y de que, en una auténtica familia, no hay ni machistas ni mujer-objeto ni hijos esclavos. Y si una familia se resiente... es principalmente por falta de amor.

Felizmente existen Escuelas Universitarias de Ciencias de la familia que contribuyen a que los que son padres por naturaleza, por afecto, por vocación..., comprenden su formación para dialogar con sus hijos en todos los aspectos de la vida.

Un buen padre de familia debe saber que el gran cáncer del espíritu del hombre es la ignorancia; y que no hay cáncer mayor que la ignorancia de sí mismo; y el que se ignora a sí mismo renuncia a perfeccionarse; pero el hombre es perfectible de por vida, y esta conciencia de perfectibilidad debe adquerirse en la familia.

En familia aprende uno a ser árbitro de sí mismo, administrando su libertad. En familia se aprende a escuchar la voz de la propia conciencia la cual le va llevando a descubrir su propia vocación. En familia comienza uno a trazarse sus propias metas, preparación previa para decidirse en su día por una profesión. Y en familia debe aprender cada uno a imponerse falta cuando incurra en ella: la sinceridad es una gran virtud del ciudadano, y es mejor imponerse uno a sí mismo la penitencia antes que te la puedan imponer.

La historia personal de cada uno se inicia en la familia; en ella se dan los primeros pasos de la personalidad. En familia comienza uno a respetar la libertad del otro y a hacer repetar la suya; lo cual es un paso imprescindible para la convivencia social.

La familia es la primera institución educativa: porque en ella comienza uno a descubrirse a sí mismo, a observar el mundo de los que le rodean, a aprender ciertas leyes del Universo, a preguntarse por las causas de los fenómenos que acontecen a su alrededor, a despertar la conciencia de QUIEN o cómo *se ha hecho todo esto*.

La paternidad implica lo biológico y lo educativo, porque padre es el que engendra y el que cría. todo padre es digno de respeto, no cuando lo impone, sino cuando lo merece. Por eso, el diálogo entre padres e hijos surte mucho más efecto en lo «ejemplar» que en lo «verbal». Las palabras mueven, los ejemplos obligan.

En el encuentro familiar aprendemos la riqueza de la diferencia: no todos tenemos que pensar lo mismo. En las discrepancias diarias vamos encontrando la normal intercomunicación; practicando la comprensión y la tolerancia nos vamos aceptando los unos a los otros, exponiendo pero no imponiendo nuestras ideas. En la familia se incuban y desde ella se transmiten los principales valores humanos.

Y el primer valor humano es el amor: el amor siempre tiene conciencia del otro; por eso decimos que en la pareja animal hay apareamiento,



Universidad Pontificia de Salamanca

automatismo, instinto, porque la conciencia del otro no existe. Y en la pareja humana el amor supone un control de los mecanismos biológicos: eso que llaman «amor ciego» no rebasa los límites de lo impulsivo y pasional. El verdadero amor no es nada ciego, sino lúcido. Y, por tanto, es reflexivo, mutuo.

No es lo mismo la familia en que uno realmente vive integrado que la familia tal como nos la presentan a través de la pantalla cinemática y televisiva. La familia en que uno vive es normalmente estable, impera el respeto, se salvaguarda la intimidad, hay un diálogo constructivo, el lenguaje empleado es vinculante de todos los miembros de familia... La familia que nos presentan las cámaras tiene otra dinámica y otra movida que nada dicen con el sentido «servicial» que contiene la palabra «familia».

En las películas los padres son más impulsivos, más sexuales, más eróticos; riñen frenéticamente entre sí, se pegan, se separan, se divorcian, el padre se va con otra o la madre con otro; aparecen familias monoparentales; o la madre tiene hijos de distintos maridos o el padre los tiene de distintas mujeres, etc.

Los niños contrastan la vida familiar de la pantalla con la vida que realmente viven en su familia. Por ello, los padres deben estar lo más cerca posible de sus hijos para ayudarles a sacar conclusiones al verse comparados los padres del celuloide con ellos mismos. Téngase en cuenta que el niño entra muy pronto en contacto con los medios de comunicación. Y hay que ayudarle a interpretar lo que ve en el cine o en la televisión, y lo que oye por la radio o lee en los cuentos, los periódicos, los libros... El niño debe descubrir cuáles son los valores o defectos de los personajes, qué acciones de los mismos son premiables o punibles, qué personajes dicen la verdad y cuáles son los que mienten; cuándo un personaje es ético, moral, honrado, religioso, prototipo de imitación o cuándo no.

En la vida real de familia se aprende a consumir lo que es necesario y a resignarse uno con lo que tiene, y a luchar dignamente para conseguir más, mediante el trabajo eficaz y meritorio. Pero a través de la pantalla se presentan núcleos familiares donde hay un consumismo excesivo, unas aspiraciones desorbitadas y, para poder satisfacerlas, las conductas de los personajes marginan lo ético, lo moral y, despreciando la honradez, acuden al engaño y al robo por la utilidad que éstos le aportan.

En la familia el lenguaje sincero descubre a las personas. La sinceridad de los cónyuges entre sí incrementa la felicidad porque descubre más intimidad. Y la sinceridad entre padres e hijos aprieta mucho más el vínculo familiar. Pero en la pantalla el lenguaje sincero debilita al que habla, los padres y los hijos aparecen poco sinceros, hablan para defenderse, y por eso mienten muchas veces, o sea, los personajes enfrentados no revelan intimidades.

En la verdadera familia, la palabra tiene que ser viva, tiene que tomar cuerpo, tiene que encarnarse. Los padres deben comunicarse entre sí o con sus hijos lo mismo que Dios se comunicó con el hombre: con la Palabra hecha carne...

Pero hoy en no pocas familias hay más silencios que diálogos; y esta incomunicación se debe al intrusismo incontrolado de los medios de comunicación o del ambiente social. De ahí que la familia debe ser una educación



Universidad Pontificia de Salamanca

permanente, porque la familia es el primer agente social, y si no es así, ¡pobre familia y pobre sociedad!

### C) Institucion

El progreso científico ha repercutido a muchos niveles en nuestra sociedad; uno de ellos, el que nos ocupa, es precisamente el alargamiento de la vida.

Actualmente la edad media de nuestra población anciana institucionalizada alcanza alrededor de los 87 años, lo que quiere decir que gran cantidad de ancianos tienen 90 y 95 años de edad en las instituciones.

Paralelamente, el ritmo social actual, con la incorporación de la mujer al trabajo, ha sido determinante en el progresivo descenso de la natalidad, que se va generalizando en todos los países occidentales.

Estos dos fenómenos sociales han producido una descompensación social entre la población adulta trabajadora y los ancianos que empiezan a ocupar un grupo social excesivamente numeroso, haciéndose estimaciones verdaderamente alarmantes para el año 2050, en el que se prevee que la población anciana superará en número a la población adulta trabajadora.

Actualmente, en Estados Unidos, 25 millones de personas tienen más de 65 años. De los que residen en la comunidad, aproximadamente de un 10 a un 15 % sufren problemas serios respecto a su salud mental (demencias y otros trastornos degenerativos seniles); el 80 % exhibe alguna forma de deterioro mental.

En los países occidentales se ha pasado de menos de un 5 % de la población mayor de 65 años, a un 12 % en la actualidad. Por este y otros motivos pensamos que las Residencias o Instituciones son necesarias, sobretodo las Residencias Asistidas, para los ancianos; y son imprescindibles cuando las familias han agotado ya todas las posibilidades de permanencia en ellas. Y si se carece de familia, y la situación del anciano se hace insostenible en el propio domicilio, no hay más remedio que acogerlos en dichas Residencias.

Las Residencias deben ser lugares de vida comunitaria donde los ancianos que tengan «hadicaps» o enfermedades que dificulten o hagan imposible su autonomía, encuentren un ambiente en el cual la comunicación, la ayuda mutua y las relaciones se vean favorecidas por esta convivencia familiar.

Ante las diversas enfermedades invalidantes que les impiden a los ancianos el realizar solos sus actividades cotidianas, se trata de buscar otra forma de autonomía a través de la ayuda de los propios ancianos y de los cuidadores de la Residencia.

El objetivo para mantener esta autonomía es ayudar, pero dando siempre prelación a lo que ellos buenamente pueden; o sea, respetando siempre la fracción de autonomía que tenga el anciano.

Por eso no podemos dejar de señalar las cualidades esenciales del personal de las Residencias: amar a los ancianos, ser afectuosos con ellos, tener intuiciones para comprender lo que no pueden expresar, tener sensi-



Universidad Pontificia de Salamanca

bilidad y sentido común para la comprensión de las diversas invalideces del ser humano cuya naturaleza nos iguala.

Se impone, pues, una preparación para la jubiliación, para la continuidad de la vida social y para la creatividad, administrando fructíferamente el ocio y participando ilimitadamente de la cultura. De ahí el interés por promocionar los equipamientos básicos y crear centros de día hogares, casinos, casas de cultura, residencias y alojamientos alternativos, etc., con su correspondiente dotación, asignando los recursos por ámbitos provinciales, según las necesidades y conforme a criterios racionales.

Sin duda, el criterio más humano es procurar que el mayor no sea desarraigado del entorno familiar en que vive; lo cual exige la creación, en el medio ambiente más cercano al individuo, de residencias de válidos, mixtas y asistidas, viviendas tuteladas, casas compartidas u otros servicios alternativos de carácter residencial, respetando y favoreciendo siempre la autonomía del anciano.

Hay que coordinar las iniciativas públicas y privadas para la creación de equipamientos residenciales y prestación de servicios especializados dentro del marco general de Servicios Sociales.

Necesidad apremiante es el desarrollo de programas de educación permanente para prestar atención especializada a los centros existentes.

Se deben construir residencias cuyo tamaño no sea mayor de 50 plazas para que las relaciones resulten más fáciles y humanas.

Sería también deseable promover la reconversión de residencias de válidos en mixtas y asistidas, y que los módulos de válidos y asistidos sean al 50, de manera que se puedan adaptar estos equipamientos a las necesidades derivadas de la prolongación de la vida y al deterioro psicobiológico de los ancianos.



Universidad Pontificia de Salamanca